

*Madrid, España 19 de febrero 2026.*

*Texto de la intervención de D. Guillermo Haro Bélchez,  
en la entrega de los Premios AEINAPE Benito Ramos  
de Administraciones Públicas 2025.  
Aula Magna del INAP (C. Atocha 106).*

No he querido dejar pasar la oportunidad única de estar hoy aquí. Son muchas las cosas que nos unen. Gracias de todo corazón por todos los momentos que cuentan, con personas que suman.

Mis primeras palabras sólo pueden expresar gratitud y una enorme alegría. Gracias a la AEINAPE por la iniciativa de convocar a este premio. Honrar, honra.

Nunca dejaremos los exalumnos iberoamericanos, que hemos tenido la fortuna de continuar nuestra formación en el INAP en Alcalá, de reiterar lo mucho que apreciamos la cooperación española con Iberoamérica, de tantos años, de tantos frutos.

Muchos pensamos que ahora tenemos como colectivo que consensar el contenido de una nueva relación, a más de 40 años del nacimiento de las asociaciones nacionales y de nuestra Federación, aunque ya desde el lejano 1966 vinieron los primeros alumnos.

En lo que todos coincidimos es en el papel fundamental que ha jugado en esta tarea Benito Ramos: un hombre excepcional

tanto en lo profesional, como en el despliegue de su personalidad siempre cercana, comprensiva, sencilla y solidaria. Nuestro homenaje siempre de admiración, respeto y gratitud, acompañado de un cariño enorme e invariable, que hacemos extensivo a otros dos pilares de nuestro lazo iberoamericano: Juan Alarcón y Antonio Ballester, cuya vida celebramos por trascender generaciones.

Saludo a la Secretaria de Estado de Función Pública, D<sup>a</sup>. Consuelo Sánchez Naranjo, a quien además agradezco su propuesta para que mi trabajo participara en el premio, al Director General del INAP, D. Manuel Pastor Sainz-Pardo, a D<sup>a</sup>. Mercedes Rubio, Pta. de la AEINAPE, a D. Fernando Martín Moreno, Vicepresidente y organizador magnifico de este evento, a los miembros del jurado encabezado por D. Luis Villameriel, por la generosa distinción, que entiendo como un reconocimiento para los más de 4,000 exalumnos iberoamericanos, agrupados en 18 asociaciones nacionales que llevamos con orgullo la experiencia alcalaína, en nuestra vida profesional activa y también después. Saludo también a todos los compañeros que nos siguen en línea, del otro lado del Atlántico.

Me abruma que entre tantos exalumnos, catedráticos y funcionarios tan competitivos, personas tan ilustres hayan

valorado mi trabajo. No puedo evitar pensar ahora mismo en todos los compañeros y compañeras que admiro.

Felicito a D<sup>a</sup>. Josefa Cantero Martínez, por el primer premio, y a D<sup>a</sup>. Beatriz González Romera, por el tercer premio, justo reconocimiento a su calidad profesional. También a todos los que participaron. Ellos también son ganadores.

En clave más íntima, a D. Avelino Blasco Esteve, Catedrático de Derecho Administrativo y Ex Rector de la Universidad de las Islas Baleares, amigo excepcional que nos acompaña. Tuve la fortuna que me dirigiera mi tesis doctoral en el ya lejano 1987, y a D. Fernando Juberías, aquí presente, Inspector de Hacienda, antiguo profesor y amigo entrañable.

Quiero ahora compartirles a escape algunas reflexiones sobre la importancia del cambio climático, que actualiza lo escrito en mi trabajo del 2024, más aún al cumplirse el año pasado 10 años del Acuerdo de París, fecha que coincide con el peor momento de la lucha climática internacional. En ese 2015, EEUU y China de la mano de una activa UE fueron determinantes para la firma del Acuerdo. Hoy, la vuelta de Trump y el auge de la ultraderecha, han roto el consenso, el negacionismo ha desplegado toda su fuerza en favor de las energías fósiles, en demérito del auge esperado de las energías limpias y la movilidad eléctrica, lo que ha terminado

por ahondar la crisis civilizatoria que padecemos, con el viejo orden internacional muerto, un multilateralismo agónico, preso por la polarización, y un derecho internacional interpretado a modo, cuando no ignorado. La geopolítica de las grandes potencias parece no tener freno. Los dirigentes políticos deben ser capaces de sentarse con quienes piensan distinto, sean de izquierda o de derecha y encontrar denominadores comunes que beneficien las políticas de estado. Lo ideal es trabajar juntos, en vez de insultarse. Hay que dejar a un lado las ideologías. La función pública no se ejerce desde el pedestal dogmático, sino desde la galería de la responsabilidad compartida. Tampoco el mundo puede quedar reducido a un sistema binario y sus extremos.

Como se sabe, el Acuerdo de París tuvo como objetivo que las emisiones de gases de efecto invernadero generadas por el ser humano, se redujeran de tal modo, que no se rebasaran márgenes de seguridad, o sea que no se superaran los 2 grados Celsius de calentamiento, con respecto a los niveles preindustriales y en la medida de lo posible los 1.5 grados.

Sin embargo, ha ocurrido lo contrario, las emisiones globales no han dejado de crecer en los últimos 10 años, (9.8%) a un ritmo anual del 1.1 %, con China con el 30% de todos los gases seguido de EU con el 11%. La UE con un 6%. En nuestro continente, Brasil con un 2%, México con 1%, todos con

presencia negativa en el sector energético, industrial y de transporte. Mientras esto ocurre, las mayores economías del mundo siguen destinando partidas millonarias al carbón, al petróleo y al gas. Sólo el 4% de los planes climáticos de los países incluyen referencias directas a la eliminación gradual de las ayudas públicas a los combustibles fósiles.

Según los cálculos de la ONU, los nuevos planes que están presentando los países llevarán a que las emisiones de todos los gases de efecto invernadero —no solo del CO<sub>2</sub> (dióxido de carbono)— se reduzcan un 12% en 2035. Aunque es un buen dato, no es suficiente, ya que para quedarse dentro del margen de seguridad: se requiere que esas emisiones sean un 55% menores dentro de 10 años para cumplir con la senda de 1,5 grados y un 35% para la de 2050, para alcanzar las cero emisiones netas.

Esas reducciones son, de momento, solo estimaciones de lo que se puede lograr con las promesas de los países que forman parte del tratado. Pero lo que ha ocurrido hasta ahora es que, desde que se firmó, las emisiones de dióxido de carbono del mundo han crecido como ya se dijo un 9,8%. Ciertamente se aprecia una desaceleración del ritmo de crecimiento, ya que en la década justo anterior, entre 2005 y 2015, el aumento fue del 18,8%, casi el doble que en la siguiente.

En ambos casos, tanto en los ritmos de crecimiento como en el cercano pico de las emisiones y los pronósticos de caída para 2035, China es la clave. Es el principal emisor mundial de CO<sub>2</sub> (dióxido de carbono)—acumula el 32% global—, pero también es el primer país en cuanto a la instalación de renovables y el desarrollo del coche eléctrico dentro y fuera de sus fronteras. Sin embargo, en otro retroceso radical reciente, el Presidente Trump anunció la eliminación de los límites a la emisión de gases de efecto invernadero en EU, lo que significa negar la evidencia científica que vincula su generación al calentamiento global, con el objetivo de restaurar el dominio energético norteamericano basado en energías fósiles. En América Latina solo Argentina y Brasil tienen como meta alcanzar la neutralidad carbónica al 2050, ninguno al 2030.

El avance de la ultraderecha en el mundo ha llevado a muchos conservadores incluso moderados a renegar también de las políticas medioambientales, lo que ha conducido a que se suavicen las medidas climáticas de la UE y a un bloqueo a la nueva contribución europea (NDC). El negacionismo tiene seguidores, en una era de rivalidad entre las grandes potencias, que nos acerca más a la ruptura que a los acuerdos. Una nueva disputa se aproxima entre la UE y EU por un reciente tesoro: los minerales y tierras raras en Brasil, indispensables para crear una nueva economía verde. Ayuda

que Brasil cuente con el dirigente de izquierdas más relevante de nuestra región.

Hoy que la UE está dividida y América Latina partida, ambas deben superar sus diferencias regionales para afrontar el nuevo orden mundial. Hay muchas cosas que América Latina puede resolver si actúa como región, como lo hace la UE. Es la hora de actuar juntos con nuestros valores, con socios estables y fiables. Las instituciones multilaterales también están muy debilitadas, hay que fortalecerlas con una nueva cooperación genuina y de largo plazo. La UE necesita diversificar alianzas y construir resiliencia estratégica en un mundo fragmentado, fortaleciendo su autonomía frente a EU y China. Hasta ahora lo único que se les ha ocurrido a algunos es el rearme nuclear. Hace pocos días se cerró un acuerdo comercial con la India, una economía en acelerada transformación y otro acuerdo comercial más con Mercosur, aunque impugnado por el Parlamento Europeo, de mayoría conservadora, lo que cuando menos es una señal de desconfianza. También este mes se renovará el tratado comercial con México.

La actual ruta del desarrollo sustentable nos está llevando al precipicio, limitando las opciones de un medio ambiente sano, derecho humano fundamental consagrado en nuestras constituciones. En los últimos 50 años la economía mundial se

ha quintuplicado y la extracción de recursos naturales y energía se ha triplicado.

El mundo va por un camino equivocado, pero hay opciones para enfrentar la emergencia climática que vivimos, una: radica en asegurar que los temas ambientales sean prioridad de Estado, con políticas públicas a largo plazo, integradas sectorial y temáticamente para atender los problemas locales y globales con visión territorial e interdisciplinaria, además de mecanismos de coordinación, transparencia y rendición de cuentas. España va por ese camino. En la UE, las energías renovables ya superan a las fósiles en la generación de energía eléctrica. España ya logró que más del 50% provenga de la eólica y de la solar, 13 más de los 27 Estados miembros han levantado la bandera de las energías limpias. La UE ahorró 59,000 millones de euros en los últimos 5 años al importar menos carbón y gas.

Los planes de transición climática de otros países ya van aunque lentamente en ese sentido.

Es fundamental aportar a la toma de decisiones, la mejor ciencia disponible, la cual lamentablemente, no siempre está presente en una buena parte de los países de nuestro continente, a pesar de la evidencia científica suficiente, que acredita el deterioro que provoca el crecimiento económico sin

cumplir las normas ambientales. Se deforestan escandalosamente selvas tropicales, se degradan los bosques, se erosionan los suelos, se contaminan los ríos, se abaten acuíferos. En los cuerpos de agua, se arrojan residuos de todo tipo. Ciertamente hay avances a nivel global. El esfuerzo de la ONU ha sido relevante, pero no estamos ganando la batalla. La inteligencia artificial puede ofrecernos soluciones innovadoras para la mitigación y adaptación al cambio climático. Hay que utilizarla con seriedad.

Es urgente también desactivar en nuestros territorios megaproyectos que notoriamente afectan nuestro capital natural, bajo la errónea visión de que el supuesto progreso y desarrollo justifica cualquier impacto ambiental negativo. Cuando lo cierto, es que el crecimiento es sustentable o no lo es.

No se conocen avances pactados en las últimas cumbres de cambio climático, como un nuevo fondo para ayudar a las naciones pobres a enfrentar desastres climáticos, otro más para preservar selvas en 80 países, que responsabiliza a los países industrializados por los efectos causados por su aportación negativa a la contaminación y deforestación.

Otro pacto mundial reciente para proteger el 30% de la superficie del planeta para revertir la pérdida de biodiversidad,

naufraga por la falta de garantías para que las aportaciones necesarias comprometidas por los países desarrollados y fuentes privadas lleguen gradualmente y se incrementen anualmente hasta el 2030. Los recursos hasta hoy movilizados llegaron mayormente en forma de préstamos. Tan solo el 2% fueron subsidios o ayudas. Por estas y otras muchas razones, la UE debe tomar el liderazgo con los países de América Latina, que compensaría en ambas regiones la erosión del vínculo con EU.

No sobra por tanto, expresar con desánimo que las últimas cumbres climáticas han sido atrapadas por los países petroleros para preservar el uso de combustibles fósiles. En la más reciente en Belém, Brasil, ni siquiera se logró que el tema de los combustibles fósiles entrara en agenda, a pesar del impulso de España y 40 países más.

De la Agenda 2030 impulsada por la ONU, que contempla objetivos de desarrollo sostenible y 17 metas concretas, los países se están alejando. Al ritmo actual ninguno de los objetivos y metas se alcanzará en 2030.

El mundo no está cumpliendo la mayoría de sus compromisos para limitar el daño ambiental. Las especies se están extinguiendo vertiginosamente, más rápido que su crecimiento natural. Hay menos individuos por especie y sus áreas de

distribución son cada vez más restringidas por la creciente deforestación, que acelera su extinción. El planeta ha perdido en promedio cerca del 70% de su población de fauna salvaje.

Su extinción es 35 veces más rápida desde que hay seres humanos en la Tierra. Para el 2050, seremos 10,000 millones de personas en el planeta y con ello menos recursos, más pobreza, más degradación y una sobreocupación territorial caótica, y en consecuencia una mayor frecuencia e intensidad de fenómenos hidrometeorológicos extremos (huracanes, borrascas, inundaciones, sequías, olas de calor, incendios, depresiones aisladas en niveles altos, nevadas extremas, deshielo y aumento del nivel del mar).

Especial atención hay que poner en el dramático entorno en los ecosistemas de América Latina, que tienen una gran importancia para la regulación del clima global porque concentran: 25% de los bosques del mundo, 40% de la biodiversidad, un tercio del agua dulce, 4% de la producción mundial de alimentos, 33% de los mamíferos, 35% de los reptiles, 41% de las aves y 50% de los anfibios.

Lugares como el Amazonas, el Caribe, los páramos argentinos y chilenos, la Patagonia, la Mata atlántica, el Corredor biológico mesoamericano, los manglares, la Corriente de Humboldt para los ecosistemas marinos, el Gran Chaco o la inmensa riqueza

del capital natural de Colombia, contribuyen a moderar eventos climáticos extremos, regular el clima y absorber emisiones de carbón. Estamos obligados a conservarlos.

Por ello y con mayor compromiso, nuestros países tienen que robustecer su ambición climática, pese a que los países ricos no estén cumpliendo con las ayudas comprometidas a las naciones en desarrollo, pretextando la alternancia de nuestros gobiernos y el cambio de sus políticas, cercanas ahora al negacionismo. Recientemente Ecuador, Chile, Bolivia, Honduras y Costa Rica giraron a la derecha, tendencia iniciada en 2023 con el triunfo de Milei en Argentina. Venezuela tendrá pronto elecciones democráticas. Los regímenes con dictaduras terminales como Cuba y Nicaragua acabarán por renacer en democracia. A las germinales habría que derrotarlas pronto en las urnas.

Por su parte, la gestión del agua debe estar mayormente vinculada al cambio climático y sus consecuencias: para recuperar y proteger las fuentes de abastecimiento: ríos, lagos y mantos acuíferos. Estamos ya en la era de la bancarrota hídrica global.

Es urgente revertir la expansión de la agricultura y la ganadería y restaurar tierras para la conservación, producir más en menos tierra y modificar los patrones alimenticios. En suma,

transitar hacia una agricultura moderna altamente productiva y sostenible. La agricultura y ganadería han sido, en la historia humana, las principales causas de la destrucción de los ecosistemas y de la biodiversidad terrestre.

La deforestación es otro elemento que genera la destrucción de la biodiversidad, fundamentalmente la conversión de bosques y selvas en terrenos agrícolas para la producción alimentaria o el cambio de uso de suelo forestal a urbano para desarrollos inmobiliarios que fraccionan los ecosistemas.

Los riesgos climáticos y medioambientales ya se encuentran entre las principales amenazas económicas de la próxima década.

El cambio climático podría costarle a la economía global más de 1.5 billones de dólares anuales en productividad y salud hacia 2050, mientras que se advierte que, sin medidas de adaptación, el impacto directo para las empresas podría alcanzar 1.2 billones al año.

A pesar de ello, solo 35 por ciento de las compañías cuenta hoy con planes sólidos de adaptación.

Con base en los principios rectores para la Gobernanza Climática y de la Naturaleza, las empresas deben adoptar el marco diseñado para sus consejos de administración.

Su objetivo debe ser llevar el clima y la naturaleza al centro de la gobernanza climática corporativa. Adoptarlos no es un tema de reputación, sino de proteger valor y competir con ventaja en un entorno cada vez más volátil, potenciando su responsabilidad social.

Con poco más de 200 años, los derechos humanos han servido a nuestra vida y a la calidad de la existencia. Lejos de consolidarse, peligran donde quiera. No han podido contener el crecimiento de asesinatos de ambientalistas, tan sólo en México en los últimos 10 años, 189 asesinatos. América Latina es la región del mundo más peligrosa para los defensores del planeta, además con altos índices de impunidad.

Nunca como ahora, la emergencia climática debe abordarse de maneja conjunta, para lo cual es indispensable armonizar objetivos, metas y compromisos pactados en las cumbres con instrumentos de evaluación sobre su cumplimiento, ausentes hoy en buena parte de nuestros países. Es conveniente replantearse la organización y gestión de las cumbres. Ojalá que este año en las sedes simultáneas de Turquía y Australia, se dé un golpe de timón. Somos el canario en la mina de carbón, si no sobrevive, nosotros tampoco. Hay que evaluar resultados no intenciones.

Está bien hablar de grandes ideas, pero es hora de cumplir objetivos reales. Poner el acento en la ejecución y no en la épica.

La calidad de la democracia está íntimamente ligada a la calidad de la justicia. Los Tribunales paralelos y el populismo punitivo son una amenaza que estamos obligados a conjurar.

Algunos jueces dictan sentencias en base a indicios o conjeturas, por narrativas previas sin pruebas de fiscales por consigna, o aún peor por inclinaciones ideológicas. Los jueces deben resolver sin restricción y sin influencia alguna. La justicia toda y en especial la climática no admite colores ni partidos.

Las universidades deberían contemplar en sus leyes orgánicas la obligación de difundir el conocimiento y la conciencia sobre la importancia del medio ambiente y el cuidado que debe tenerse tanto en las políticas públicas, como en el actuar individual para preservarlo. Nosotros también.

Hay que garantizar la estabilidad de los proyectos al margen de quien gobierne, al margen de la polarización ideológica o pragmática. La visión del futuro debe definir la agenda del presente. Sólo así haremos lo sustentable: sostenible.

Las instituciones multilaterales son imprescindibles en la crisis climática, pero deben ser más eficaces e involucrar mayormente a los ciudadanos en la toma de decisiones, para

consolidar administraciones modernas, que garanticen derechos y libertades.

Permítanme una reflexión final: Es necesario pronto (como lo sugerí en octubre, en Cali), encontrar por consenso un camino que nos lleve a consolidar nuestra antigua relación de cooperación, basada en la mejora de nuestras administraciones públicas. Hay que aceptar con honestidad el sentido del presente para trazar un boceto a futuro de un nuevo camino. Ni la nostalgia, ni los recuerdos son una estrategia, menos una hoja de ruta. Nuestras asociaciones nacionales, algunas inactivas, otras con exalumnos en modo zombi, tienen ahora que comprometerse mayormente para contribuir de entre otros muchos temas, más activamente en el intercambio académico, en el fomento a la investigación, como por ejemplo con publicaciones colectivas sobre temas de interés global, regional, o local, o bien en la puesta en marcha de laboratorios de políticas públicas, que ayuden a mejorar la gestión de nuestros gobiernos: con la orientación y guía de los exalumnos mayores y en cada país de nuestros propios institutos nacionales de administración pública o equivalentes, y realizar más cursos sobre temas actuales, aprovechando ahora los beneficios de la tecnología, la que antes apenas iniciaba. En todo ello, el INAP de España debe jugar como hasta hoy un papel estelar de rectoría de la mano de nuestra Federación. Por ello, reitero mi propuesta, para que en nuestro Congreso de octubre, destinemos un espacio mayor a su

análisis, por la importancia de movernos en nuestras asociaciones rápido y romper cosas, para recuperar a los que están alejados, impulsando el entreveramiento generacional y comprometer una presencia de mayor calidad. En suma: pasar a la acción, moverse, cambiar. Ser mayor es un privilegio, no un castigo. Por ello debemos seguir jugando la partida, reconocer que sobre todo ahora tenemos un compromiso con los jóvenes y con las nuevas generaciones, para lograr la sabiduría de la continuidad, que de larga vida a nuestra Federación, alejándonos para siempre de la percepción que no pocos tienen de que somos una colectividad sin movimiento ni destino.

Concluyo: Quiero decirles que encuentros como el de hoy, desmienten en los hechos, al escritor peruano, Mario Vargas Llosa, que solía decir que el dinero era la única felicidad que se podía tocar. La de hoy es infinitamente mayor, no solo se toca, también se siente y se comparte. Hemos sido muy afortunados.

Gracias nuevamente por hacernos felices.